co con un público diverso que acoge sus obras como la expresión esperada de otros discursos sobre lo real.

Las distintas manifestaciones de su talento para configurar este nuevo paisaje cinematográfico, su empresa común, ha ido mostrándose, edición a edición, en el fluir de nuestras programaciones y son ahora el objeto de reflexión de esta publicación que, además de reunir, a modo de memoria, los datos de todos los filmes exhibidos a lo largo de diez años, pone en relación las visiones de algunas de las personas con las que hemos compartido nuestros sucesivos y constantes descubrimientos.

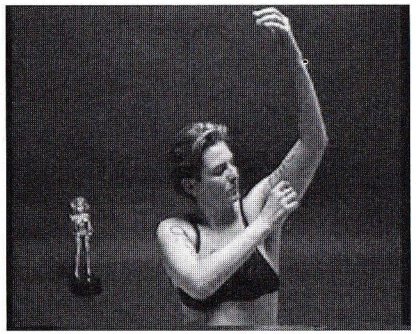
Marta Selva Masoliver y **Anna Solà Arguimbau** son las directoras de la Mostra Internacional de Films de Dones de Barcelona.

Primera parte

Artículos

Reivindicación de la Mostra como espacio de relación

Mireia Bofill



«Un espai propi, un film col·lectiu». Katja Gentz (1998), Barcelona

Me anima a escribir este texto el deseo de llamar la atención sobre el valor de un aspecto particular de la experiencia de percepción/recepción de la obra artística que a lo largo de estos años he podido vivir y compartir con otras en el espacio de la Mostra Internacional de Films de Dones de Barcelona. Concretamente, quisiera proponer algunas reflexiones sobre la relación que con dicha obra establecemos —que yo establezco y sé que otras establecen— como receptoras (espectadoras, oyentes, lectoras) cuando sabemos que su creadora es una mujer. Un hecho que, en este momento concreto y en nuestro contexto concreto, creo que le confiere para nosotras un valor añadido, más allá de su contenido particular, aunque éste también nos importa. En efecto, el acto de creación de una mujer —en la que reconocemos a una se-

mejante—, su voluntad de manifestarse públicamente mediante ese acto, lo que con él manifiesta y lo que calla, la manera que ha elegido para expresarlo, nos dice —puede decirnos— algo sobre nosotras mismas o, más bien, nos ofrece un abanico de significados que nos ayudan a pensarnos como mujeres, si estamos dispuestas a dialogar con ellos. Establecer este diálogo particular —además de los muchos otros posibles— con las obras de creación de las mujeres ha sido y es una modalidad importante de la práctica de la relación entre mujeres, tal como la hemos ido configurando desde el feminismo, como palanca para dar sentido a nuestro estar en el mundo y transformarlo transformándonos.

Un poco de historia

Cuando hacemos balance de los cambios que las mujeres hemos vivido y hemos introducido en nuestras vidas en los últimos veinticinco años, siempre aparecen en un lugar destacado las modificaciones en nuestra manera de estar en el mundo y de relacionarnos, tan distinta de la definición restrictiva de la mujer como «otro» del hombre que nos ofrecían los modelos establecidos. Una transformación que sabemos que es el fruto de una búsqueda activa, consciente, deliberada y colectiva que ha sido un rasgo distintivo de la «segunda ola» del feminismo de finales del siglo xx. Un empeño que nos ha llevado a indagar en dos direcciones: en nosotras mismas, explorando nuestras inquietudes, malestares, aspiraciones y deseos, y volviendo la mirada hacia otras mujeres, contemporáneas y del pasado, personalmente próximas o conocidas para nosotras sobre todo a través de sus obras, en busca de inspiración, confirmación y apoyo.

En una primera etapa se trató ante todo de buscar explicaciones y respuestas comunes —sociales y políticas— a lo que cada una vivía como deficiencias y fracasos personales, a la par que rescatábamos del olvido a mujeres destacadas que a lo largo de la historia habían participado con sus obras y acciones en los diferentes ámbitos de la sociedad. Buscábamos modelos positivos a través de los cuales validar nuestros deseos, el relato de vivencias en las cuales encontrar resonancias de las nuestras. Esa búsqueda de maneras de ser alternativas, impulsada inicialmente por el rechazo contra los moldes y estereotipos impuestos, nos abrió las puertas a un mundo de experiencias y vivencias femeninas, de maneras de estar en el mundo con un cuerpo de mujer, mucho más amplio de lo que nos habíamos permitido soñar. Más allá de las dificultades compartidas, fuimos recuperando y descubriendo la diversidad y el valor de las experiencias femeninas y de la aportación de las mujeres a la vida colectiva.

Al mismo tiempo, ya como un segundo movimiento, en el diálogo personal con otras mujeres, mirándonos en ellas como en un espejo, fuimos descubriendo en nosotras mismas facetas que ignorábamos y encontramos en nuestras semejantes —que no iguales— el apoyo para desarrollar nuevas maneras de estar y de hacer en el mundo, liberando aspiraciones y deseos. Un diálogo que hicimos extensivo a las obras de creación de las mujeres y, como respuesta a nuestra interrogación, en ellas descubrimos imágenes nuevas de la mujer que sin saberlo éramos o que podíamos ser. Reconstruir los vínculos con las mujeres que nos han precedido, con las autoras y sus obras, y rastrear las relaciones entre ellas, nos dio, además, las herramientas para hablar con voz propia, y un contexto que otorgaba nuevos significados y medida a lo que queríamos expresar, y a las relaciones que queríamos establecer, con las y los demás y con el mundo. Nos brindó, en suma, la posibilidad de significarnos en el mundo, de interpretarlo y reinterpretarlo, de hacerlo nuestro y modificarlo.

Espacios de relación, espacios de significación

Esta búsqueda de relaciones significativas con otras mujeres ha sido, como ya he dicho, un proceso consciente, deliberado y colectivo, que las diferentes mujeres y grupos del movimiento feminista han impulsado, creando —liberando, ocupando— espacios de mujeres, lugares privilegiados de encuentro, de intercambio de experiencias, de conocimiento y de desarrollo personal. Espacios también de creación, de estudio, de exploración, valoración, di-

fusión y potenciación de la cultura de las mujeres. No fue un azar que los primeros espacios de mujeres que se crearon en Barcelona en la década de 1970, cuando empezó a salir con fuerza a la luz —y a la calle— el movimiento feminista, fuesen la Llibreria de les Dones y el Bar-biblioteca feminista laSal, donde poco tiempo después también nació laSal, edicions de les dones.

El acceso a la cultura siempre fue importante para las mujeres que querían significarse en el mundo, como bien sabían nuestras predecesoras del «primer feminismo» de principios de siglo, que también crearon espacios de mujeres dedicados al conocimiento y el desarrollo intelectual, como el Institut de Cultura i Biblioteca Popular de la Dona Francesca Bonnemaison de Barcelona, fundado en 1909 y cuya recuperación como Centro de Cultura de las Mujeres reivindicamos ahora.

¿Cómo conformarnos, sin embargo, con el acceso a una cultura androcéntrica que nos niega, que nos relega a la parcialidad, mientras erige como única medida del mundo la experiencia, también parcial, del varón adulto? ¿Una cultura que nos ha escamoteado sistemáticamente las creaciones de las mujeres, ha desvirtuado su significado, las ha separado de su contexto, presentando como excepciones surgidas de la nada lo que era la culminación de muchos esfuerzos y de la voluntad de un número significativo de mujeres por expresarse y expresar su visión/sus visiones del mundo? ¿Una cultura, en suma, que nos separaba de nuestras semejantes?

Necesitábamos desaprender lo aprendido y desarrollar un saber nuestro, hacer visible lo invisible y forjar nuevos vínculos con las creaciones de las mujeres. Queríamos abrir posibilidades para la expresión de todos los deseos, aspiraciones, demandas y propuestas que el feminismo y la práctica de la relación entre mujeres estaban haciendo germinar, en un movimiento cíclico continuo, permanentemente inacabado (como recordaba el título de la colección de ensayos feministas de laSal, edicions de les dones, «cuadernos inacabados»), en el que, como sujeto colectivo, somos a la vez receptoras y creadoras, buscamos en las obras de mujeres clave para interpretarnos e interpretar el mundo, y de ese conocimiento nace la voluntad y el impulso de comunicar y expresar las nuevas realidades que con nuestra indagación vamos creando.

Tan importante, por lo tanto, como dar visibilidad a las obras de las mujeres, actuales y del pasado, recuperar nuestra historia, ampliar los campos de conocimiento y profundizar en la interpretación del mundo desde los puntos de vista —en plural— de las mujeres, es establecer espacios de diálogo y de intercambio entre quienes participan desde diversos lugares en el hecho cultural: creadoras, productoras, difusoras, críticas, estudiosas, espectadoras. Como también es esencial establecer diálogos entre las propias obras y situarlas en su contexto, rescatando no sólo las más destacadas y excepcionales sino también las obras menores, incluso las que podríamos llamar fallidas, pero que forman parte del entorno en el que se han gestado las otras. El contraste y la confrontación entre unas y otras es justamente lo que nos puede dar la medida de sus respectivos méritos.

En el caso de las obras literarias, las librerías, bibliotecas, editoriales y colecciones dedicadas específicamente a las obras de mujeres son los espacios que posibilitan esta contextualización, este diálogo e intercambio. Librerías y bibliotecas son a la vez lugares de encuentro entre lectoras, estudiosas, autoras y las propias bibliotecarias y libreras que nos sirven de guías, y muy a menudo acogen en sus locales —como en el caso de la librería Pròleg de Barcelona— actividades de debate y reflexión (presentaciones de libros, seminarios, cursos, tertulias).

En el caso de otras obras de creación, son aún escasas o inexistentes las experiencias de espacios de encuentro permanentes comparables, y menos aún de auténticos centros de cultura de las mujeres que propicien la interrelación entre las diversas formas de expresión. Predominan sobre todo las «muestras» y otros acontecimientos concentrados, muchas veces de carácter internacional, que reúnen durante un período de tiempo un conjunto de obras de mujeres, frecuentemente acompañadas de actividades complementarias de debate y reflexión. Cuando han logrado mantener una cierta periodicidad y continuidad —como es el caso de la Mostra — también estos espacios se han convertido en un referente importante, que luego ha germinado en otras iniciativas. Se trata de una práctica que cuenta con una larga tradición justamente en el campo del cine y que también se ensayó, a fina-

les de los años 1980 y principios de los noventa, en el ámbito del libro con las Ferias Internacionales del Libro Feminista, alrededor de las cuales se organizaban además manifestaciones paralelas de otras formas de expresión artística: exposiciones, proyecciones de cine y vídeo, conciertos, teatro.

Cuando Barcelona acogió en 1990, de la mano de laSal, edicions de les dones, la IV Feria Internacional del Libro Feminista, Drac Màgic organizó una semana de cine de mujeres, primera experiencia que prefigura la Mostra Internacional de Films de Dones, que iniciaría su andadura en 1993. Y en el mismo marco se gestaron la librería Pròleg de Barcelona y la editorial horas y HORAS de Madrid. Por citar sólo una muestra de la fecundidad de estos espacios de relación, en los que confluyen e interaccionan los itinerarios de tantas mujeres, con una amplia diversidad de procedencias, circunstancias e intereses, en torno a las obras de muchísimas más.

La Mostra como espacio de relación

Desde entonces, cada año, cuando llega el mes de junio, desearía poder olvidarme de todo lo demás para sumergirme plenamente en la experiencia de la Mostra y sé que somos bastantes, muchas, las que por unos días organizamos nuestras vidas en torno a este acontecimiento. Seguro que no a todas nos mueven los mismos objetivos o el mismo impulso, pero sí que creo que tenemos en común el reconocimiento de que algo significativo puede ocurrir y ocurre allí.

La voluntad de poner en el centro las aportaciones de las mujeres nos abre las puertas a un nuevo conocimiento más completo de nuestro aquí y ahora. La presencia de obras de autoras de procedencias tan diversas, con una amplia variedad de preocupaciones y registros de lenguaje, nos revela las múltiples posibilidades del ser mujer y la infinidad de maneras de decirse desde un cuerpo de mujeres. El reconocimiento de la capacidad creativa de las mujeres, la recuperación de su genealogía, inscriben nuestro propio hacer presente en un marco amplio que le da nuevo

sentido, a la vez que nos permiten desarrollar nuevas lecturas de los discursos cinematográficos en general.

Y al mismo tiempo que ensanchamos el campo que abarca nuestra mirada «hacia fuera» —como expresa tan bien el título de la sección «Panorama»—, tenemos la oportunidad de contrastar con otras nuestra mirada «hacia dentro». El trabajo de las realizadoras y su búsqueda de aquello que desean significar, así como los medios que emplean para hacerlo, la proyección de su propia mirada sobre el mundo o sobre su experiencia personal e intransferible de ese mundo, o del mundo de otras pasado por el tamiz de su lectura —las sucesivas capas de significados que se superponen, se contraponen, se interseccionan o se suman pueden ser muchas—, todo ello se nos revela con nuevos significados cuando sobre esa obra proyectamos nuestra propia mirada parcial en busca de resonancias que nos ayuden a decirnos, a decir lo que nuestra mirada nos muestra.

Múltiples miradas que se cruzan, selecciones de significados diversas, valoraciones y búsquedas personales, confluyen así para configurar un espacio de relación privilegiado, en el que todas son mutuamente significativas, y así las reconocemos. Desde todas las que intervienen en el proceso de creación de la obra —realizadoras, guionistas, actrices, montadoras...—, pasando por quienes han llevado a cabo la labor de exploración, búsqueda y selección de las obras presentadas, y antes y después de este proceso, las que han participado en la reflexión sobre los mensajes, sus contenidos e intencionalidades conscientes e inconscientes, los elementos para descifrarlos, hasta todas las que allí acudimos con nuestros interrogantes y certezas particulares. ¡No es extraño que nos cueste tanto separarnos al final de la última sesión y la prolonguemos en esos debates apasionados hasta la madrugada que ya han pasado a formar parte intrínseca del acontecimiento! Debates que han dado a luz tertulias y seminarios, que nos permiten seguir el hilo durante todo el año.

A lo largo de diez años, la Mostra ha cumplido su objetivo de «construir un espacio donde la muy diversa aportación (de) las realizadoras... pueda ser disfrutada de manera preferente y en un contexto respetuoso a fin de que... desplieguen su potencial co-

municador...» unas obras que «son importantes para nosotras... porque su existencia singular en el actual contexto cultural las convierte en nuevos observatorios desde los cuales poder examinar y establecer una relación regeneradora con el mundo». Y si en los primeros catálogos se destacaba que su programación era «una compensación a la reducida presencia de filmes dirigidos por mujeres en nuestras pantallas», ya en su sexto año podían reseñar «una atención mucho más intensa, por parte de las empresas de distribución y exhibición, que ha permitido que circulen con normalidad algunas producciones realizadas con mujeres» (un cambio al que, sin duda, no ha sido ajena la labor de la Mostra).

También, como nos ha ocurrido en todos los campos de la reflexión feminista, al proyectar la mirada sobre un determinado aspecto con la intención de rescatarlo de las sombras, la ampliación de la mirada ha revelado no sólo fragmentos de realidad hasta entonces ocultos, sino también nuevas capas de complejidad, que poco a poco han exigido concentrar la atención en temáticas específicas. Lo que a su vez ha enriquecido nuestros debates en otros ámbitos: en torno a la violencia contra las mujeres (con películas como *You can't beat a woman* o *Macho*), al trabajo de las mujeres (*Rosie the Riveter*, *For Love or Money*) o a la mundialización de los trabajos de cuidado (*When mother comes home for Christmas*), por citar sólo tres ejemplos.

Y con no ser poco todo esto, la Mostra nos ha ofrecido, además, ese espacio privilegiado de relación que ya he descrito, con un enfoque que al propiciar esos múltiples diálogos nos puede ayudar a afrontar el que yo creo que es el reto más importante que tenemos planteado en este momento como mujeres y que es, justamente, proyectar en el mundo la energía de nuestros deseos liberados, de las aspiraciones individuales que el feminismo nos ha ayudado a desarrollar, significándonos desde nuestra singularidad, pero sin dejar de mantener a la vez los vínculos que nos unen con las y los demás. Porque sabemos que el ideal de individuación masculina basado en una falsa ilusión de autosuficiencia es una falacia, que se ha mantenido porque las mujeres nos hemos encargado históricamente de atender —sin que fuera dicho— las necesidades de cuidado, de afecto y de relación. Por eso, necesitamos explorar maneras inéditas de significarnos que nos permitan expresar nuestra individualidad manteniendo el sentido del vínculo y la relación. Y necesitamos explorarlas mediante el diálogo y la confrontación con otras que compartan esa misma necesidad y ese mismo afán.

En esta nueva etapa seguiremos necesitando espacios de relación y de significación como el de la Mostra y otros más permanentes, como el que proponemos con el proyecto del Centre de Cultura de les Dones.

Mireia Bofill Abelló, traductora de profesión, ha estado vinculada al movimiento feminista desde la década de 1960. Participó en la organización de las Primeres Jornades Catalanes de la Dona (1976) y de las jornadas 20 anys de feminisme a Catalunya (1996), así como también de la IV Feria Internacional del Libro Feminista (Barcelona, 1990). Cofundadora de la revista *Dones en lluita*, formó parte del colectivo editorial de laSal, edicions de les dones, dentro del cual se encargó especialmente de coordinar la colección de ensayo feminista «cuadernos inacabados».